

## CARTA 1 Sobre el estancamiento o la decadencia de América Latina

América Latina hizo un mal siglo XX. En 1900, América Latina tenía más importancia y mejor posición relativa que hoy en el mundo. Además se auto-asignaba un futuro luminoso. Hacia el 2000 se han ido sumando las derrotas y las frustraciones. El 2010 es un buen motivo para pensar y repensar, para revisar y hacer un auto examen. Decía Luís Emilio Recabarren en 1910 que Chile no tenía nada que celebrar. ¿Tiene o no América Latina algo que celebrar en 2010?

Si nos comparamos con América Sajona, Asia u Oceanía, veremos que nuestra posición se desmedró durante el siglo XX. En términos relativos también se desmedró respecto a Rusia o España. Europa que hizo una primera mitad muy mala, durante la segunda lo hizo notoriamente mejor. América Latina sólo mantuvo su posición en relación a África.

La incidencia de América Latina a nivel mundial en términos de significación en el comercio internacional, en términos de investigación científica, o en términos de poder moral o material, es verdaderamente ínfima. Me refiero a la pérdida de credibilidad por nuestra incapacidad para gestionarnos, a la bajísima presencia en Internet y en los medios globales de comunicación, a la también baja importancia en organismos internacionales, tanto como en términos armados o financieros. La región posee indicadores del orden del 2 o 3% de la importancia mundial, siendo nuestra población de aproximadamente un 8%.

Salvo algunas excepciones, América Latina terminó el siglo XX con gran frustración. Ha pensado mal y ha actuado peor. Empezó con expectativas quizás equivocadas o tontas, pero en todo caso notoriamente más ambiciosas de lo que al final resultó. El siglo en general fue malo y en relación a lo esperado, frustrante.

Saldos a favor: Progresos democráticos por todas partes, salvo en Cuba. El siglo se cerró con un buen sabor a democracia en la boca de los latinoamericanos y el siglo XXI se ha iniciado con un modestísimo repunte económico. A lo largo de cien años el racismo disminuyó, la tolerancia a las diferencias mejoró. También nuestra salud y esperanza de vida mejoraron, la desnutrición y la mortalidad bajaron durante la segunda mitad, no así la pobreza y la miseria. En la equidad de géneros, en la igualdad entre mujeres y varones, en la apertura de espacios para la presencia femenina ha habido también logros importantes, que no todas las sociedades del mundo pueden exhibir. En la apertura de espacios y en la participación de sectores populares e indígenas, tanto como en la democratización social y étnica los avances han sido manifiestos, aunque en ello América Latina no pueda exhibir resultados mejores que el promedio mundial. En verdad, la paz internacional ha sido nuestro mayor éxito. Hubo pocas guerras internacionales y en términos comparativos murió poca gente. Hubo menos guerras que en siglo XIX y fueron menos mortíferas, incluso si descontamos las guerras de independencia. No tuvimos genocidios como los perpetrados por el nazismo alemán, el militarismo japonés o el etnicismo ruandés, salvo el de Guatemala en los 70s y 80s. Tuvimos, sin embargo, grandes masacres y muy recientemente las dictaduras más sanguinarias de nuestra historia. Hemos pensado con mayor sensatez la cuestión internacional que la interna. Esta constatación debe llevarnos a la reducción del gasto militar, en coordinación con los países vecinos, a través de tratados y medidas de confianza mutua. Tales recursos deben ser ganados para factores que potencien el desarrollo y la calidad de vida de la población, en el corto y largo plazo. Para ello, la mejora en los niveles de conocimiento (educación, investigación, ciencia y tecnología) es el factor clave, puesto que es “aléptico” (del “aleph” de Borges, aquel punto que permite ver todos los otros del universo), incidiendo sobre todos los demás. Una medida intermedia consiste en destinar una parte importante del gasto militar hacia la formación, perfeccionamiento y postgrados del personal y a la industria e investigación en aspectos asociados a lo militar, en vez de destinarlos a compra de armamentos.

Es verdad que son logros escasos pero debemos reconocerlos tanto como nuestros errores y deben contentarnos respecto de lo que éramos en 1900 o 1910 y también respecto de lo que hicieron otros pueblos en estos últimos cien años.

Los latinoamericanos no hemos sido capaces de resolver otros problemas y algunos los hemos acentuado. A fines del siglo XX, una de las cosas humillantes fue la manifestación de pestes como el cólera, el paludismo y otras, que aparecieron como la punta del iceberg. La miseria, la desigualdad, la falta de concertación y la carencia de relieve a nivel mundial son algunas de nuestras espinas. La aspiración integracionista, que ha sido una de las más hegemónicas en las ideas, ha alcanzado sólo modestísimos logros. Para decirlo breve: no hemos sido capaces de hacer bien las cosas, dejándonos tentar demasiadas veces por el facilismo, el cortoplacismo, el oportunismo, por querer pasarnos de astutos, por el mesianismo y por la declamación. Reforma intelectual y moral. ¿Que significa eso? Entre otras cosas, realizar un profundo examen de conciencia, individual y colectivo en el seno de nuestras instituciones educacionales y de investigación.

Ahora bien, numerosos intelectuales se han abocado desde siempre a buscar las causas de nuestros problemas. Los han atribuido a motivos muy diversos que van desde el militarismo al imperialismo, desde la incapacidad para ser modernos hasta la inferioridad de la raza, desde la geografía hasta las inclemencias de la naturaleza, como ciclones y terremotos. Pocos han asumido su parte de responsabilidad en la decadencia continental.

Si América Latina ha funcionado mal, se debe en buena medida a que su intelectualidad no ha sido capaz ni de pensar mejor ni de convencer a la población de la calidad de sus propuestas. Much@s intelectuales atribuyen los problemas a los “bárbaros”, antiguos o actuales, pero no asumen su incapacidad para “civilizarlos”.

En el pasado, algun@s intelectuales pensaron que había que vencer al militarismo en el terreno militar, destruir bárbaramente su barbarie. La gran mayoría fue barrida de la historia, otr@s se tentaron con el modelo haciéndose más militaristas que sus propios enemigos.

Mi preocupación es que la intelectualidad asuma su responsabilidad en la decadencia de América Latina y que no renuncie a su quehacer, sino que se decida por una tarea intelectual de mejor calidad. Por ello, el tenor de estas *Cartas* no es prioritariamente ni técnico ni jurídico sino que se dirige a los fundamentos culturales y existenciales de l@s profesionales del conocimiento, sin pretender, por otra parte, ahondar en algo así como una ontología del ser americano ni nada que se le parezca. Pienso que, en muchas oportunidades, las intelectualidades periféricas se han desenfocado en sus objetivos: sus disputas han sido en torno a si la cuestión es ser-como-el-centro o bien ser-nosotros-mismos, olvidándose que se trata, sobre todo, de ser mejores que peores.

Es patético comprobar la existencia de intelectuales capaz de solidarizar con todos los movimientos de liberación y de justicia del mundo, pero incapaces de hacer sus tres o cuatro horas de aula por semana. El tipo de cultura de la academia es una de las causas matrices de esta situación y, por cierto, traspasa ámbitos como el económico, político, militar, deportivo, eclesiástico, etc. ¿Deberé recordar que muchos de estos problemas no son exclusivos de América Latina y el Caribe?

Pocas personas han tenido oportunidad de conocer tanto el mundo intelectual Latinoamericano y del Caribe. Creo que haber estado, durante los últimos 15 o 20 años, dando clases, conferencias, participando de congresos o encuentros académicos o haciendo investigación, en Argentina unas 30 veces, en 15 o mas universidades e instituciones académicas, sumando varios meses; en Brasil unas 15 veces en mas de 10 instituciones sumando también varios meses de permanencia; en México, Paraguay y Bolivia unas 3 o 4 veces en diversas ciudades e instituciones; en Nicaragua varias semanas dando clases; varias veces en Costa Rica, Venezuela, Uruguay, Perú y alguna vez en Trinidad-Tobago, Cuba, Honduras, Guatemala, Colombia, Ecuador, República Dominicana y, mas recientemente, en Puerto Rico, también durante muchos meses. Creo que ello me permite hablar con algún conocimiento de causa. Por cierto, he tenido oportunidad de estar con latinoamericanos y latinoamericanistas en numerosos lugares del mundo conociendo sus visiones y perspectivas: Senegal, Israel, Grecia, España, Bélgica, Alemania, Rusia, Holanda, Portugal, Canadá y Estados Unidos. Esperemos que eso algo me haya instruido y aportado puntos de vista. Además haber escrito una obra relativamente amplia sobre el pensamiento latinoamericano en el siglo XX, a la vez que numerosos trabajos menores sobre las conexiones y paralelos entre el pensamiento latinoamericano con el pensamiento africano, asiático y europeo, debe haberme permitido construir una base de conocimiento sobre nuestra historia intelectual y cultural. Todo esto, sin duda, no garantiza que mis observaciones sean verdaderas o mis propuestas acertadas. Apenas tengo mejores condiciones que otras personas para hablar de la región como conjunto y sin duda mi visión se refiere particularmente al espacio de las ciencias sociales y las humanidades, el mundo de ensayistas y escritores y, con menor conocimiento, a otras disciplinas y especialidades. Voy a aludir a numerosos casos en que me ha tocado participar o presenciar aquí o allá, aunque no mencionaré situaciones particulares para no comprometer a personas o instituciones.

Estas *Cartas* señalan numerosas debilidades de la academia y la cultura latinoamericanas pero, sobre todo, quieren ser propositivas, tanto en cuestiones generales como específicas. Más que un diagnóstico, pretenden ser proyecto e incluso programa; dicho de otra manera, apuntan a equilibrar la dimensión constructiva con la crítica. Existe otra posibilidad, en otro registro, de decir algo parecido a lo enunciado en esta primera carta. En la actualidad hay quienes hablan de un vacío de sentido, de la carencia o agotamiento del discurso progresista, de un golpearse contra la realidad sin lograr penetrarla. Intento entregar una respuesta a esto, una respuesta que no se realiza solamente en el nivel subjetivo o solipsista y que pretende acertar en medio del curso de las cosas, no contentándose con la autosatisfacción evocando ilusiones. No hay cambio estructural posible, desde el estancamiento esclerosado hacia una sociedad y cultura más ágiles que faciliten nuestro desenvolvimiento como seres humanos, sino dando la justa importancia al conocimiento.

Debo advertir que en tanto *Cartas a la intelectualidad*, se insiste particularmente en nuestras deficiencias tanto como en nuestras posibilidades y tareas intelectuales. Escribo desde y para nuestro

gremio y para que éste se comprometa con los pueblos. Obviamente no podría referirme de la misma manera a otros grupos, aunque espero nadie piense que debe recordarme que existen otros sectores sociales que también padecen debilidades y poseen fortalezas en América Latina o en otras partes del mundo. Deseo que estas *Cartas*, aunque contengan errores o apreciaciones incorrectas, contribuyan a hacer pensar e interesen a quienes están empeñados en mejorar las condiciones de nuestra región. Mal que mal, una de las fortalezas de nuestra intelectualidad es no haber renunciado a imaginar mundos mejores.